

rando espontáneamente vocablos autóctonos al repertorio de insultos.

El tercer tropiezo del Nazareno estaba previsto junto a la ermita, ya en los límites del pueblo. Tomás trastabilló de forma bastante convincente y

La algarabía de los figurantes fue sustituida por un rumoroso coro de cuchicheos. El centurión miró al alcalde, encogiéndose de hombros en muda solicitud de instrucciones y éste, enarcando las cejas con resignación, le indicó por gestos que lo dejara



volvió a caer de bruces. El centurión se dirigió entonces a la muchedumbre para recabar la ayuda del Cirineo, y ahí fue donde ocurrió lo inesperado: Clemente, que venía siguiendo el cortejo, formando parte de la plebe, se tropezó por un instante con la mirada de Cristo, aquellos ojos suplicantes bajo la corona con espinas de pega, y ya no vio la familiar cara del panadero, usualmente embadurnada de harina, sino el auténtico rostro doliente del Salvador, el lacerado semblante del Hijo de Dios. A codazos, se abrió paso entre el gentío y acabó plantándose en mitad de la escena.

-¡Quita de ahí! -gritó, propinando un brusco empujón al ocasional Simón de Cirene, que ya estaba tomando el madero, tarea que asumió de inmediato el díscolo cantinero.

-Y tú, tira “p’alante”- ordenó al sorprendido Tomás, que estaba contemplando todo desde el suelo, sin salir de su asombro.

correr, así que, tras unos instantes de duda, la comitiva reanudó su marcha con la atípica y contradictoria ayuda del Iscariote en el transporte del árbol del sacrificio. Un rato después, mientras la cruz era izada en un cotarro de las afueras, Clemente se dirigía a los representantes del sanedrín y arrojaba a sus pies la bolsa con las monedas de la delación.

No muy lejos de allí, en una loma donde las bodegas abrían sus bocas húmedas y umbrosas, el viento batía un solitario dogal de esparto que colgaba de un castaño en inútil espera de un huésped que, este año, no iba a acudir a la macabra cita.

Carlos García Valverde